



**TÓPETE
Y CRECE**

NOVELA

JUAN PABLO CUEVAS

JUAN PABLO CUEVAS
JÓDETE Y CRECE

Título original: *Jódete y crece*

© Juan Pablo Cuevas, 2020
Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias

© Editorial Planeta, S. A., 2020
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-9998-780-4
Depósito legal: B. 26.818-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO I

El rey debe morir para que el país pueda vivir.

MAXIMILIEN ROBESPIERRE

La historia está plagada de relatos de genios que superan a sus mentores. Mi favorito es uno en el que ninguno de los dos es un genio, pero ambos se las han apañado para salir en todos los libros de historia. Es un relato lleno de rencor, venganza, cabezas que ruedan y muchas coincidencias. Sí, Robespierre es uno de los protagonistas por excelencia de la Revolución francesa, pero ¿qué habría sido de él sin el rey Luis XVI? Él y Maximilien formaron uno de los primeros tandems héroe-villano. En los libros de historia, verás a Robespierre retratado como un exaltado, extremista, radical, jacobino... Podríamos decir que se tomó muy en serio lo de «el punto medio es el pu(n)to miedo». Sin embargo, aunque a muchos les duela, le debemos nuestros derechos civiles a este kamikaze. Eso a veces no lo ponen en los libros. Un chaval de barrio que se convierte en miembro de la Asamblea Nacional y luego en presidente de una república que él mismo proclama. *My kind of date*. Es el personaje que más me gustaría conocer si viajase al pasado en un capítulo de *Las tres mellizas*. ¿Quién no querría ser Max? Por eso le he dedicado mi segunda obra de teatro.

Hay mucho de mito en torno a su figura, en parte porque, después de poner fin al régimen que había gobernado el mundo durante cinco siglos, se le fueron las manos con la guillotina y todo acabó en una cosa que han llamado muy a la ligera «el terror». También encumbró una secta que proponía llegar a Dios a través de la razón, negando a Dios mismo y a la religión. ¡Pum! Si esto nos está costando en el siglo XXI, imaginaos ~~los cojones~~ lo *indie* que debió de ser en su época. Un auténtico espécimen. Pero detrás de todo el morbo y la sangre, también hay un poco de ternura. Tras morir sus padres, Robespierre es becado en una escuela en la que rápidamente destaca. Un día, el rey Luis XVI organiza una visita al colegio y le encargan al pequeño Max que lea una poesía al monarca a modo de bienvenida. Es un día lluvioso a las afueras de París (que no nos engañen, así es siempre) y él sale mojándose a leer la puta poesía que ha estado pensando para el rey toda la semana. Al ver la lluvia, el imbécil de sangre azul decide no pararse y únicamente saca la mano por la ventana para saludar. Robespierre se queda bajo la lluvia y se mete su poesía en el culo tan adentro que se le infecta, su rabia infantil se transforma en el germen de la República y el 21 de enero de 1793 el rey es guillotinado bajo su mandato. Eso no te lo esperabas, Luis. Pensar en el pequeño Robespierre me llena de ternura y me dan ganas de decirle: «Madura de una puta vez, Max, que a nadie le importa tu puñetera poesía».

Por mucho que tengan espectaculares finales, todas las revoluciones empiezan en casa. ¿Qué chaval no montaría una guillotina gigante solo para ser escuchado? También soy Robespierre a veces. Solo quiero que me escuchen. El final siempre es el mismo.

Al terminar la función, decidí ir a emborracharme al ambigú del teatro.

«La obra está muy bien», me repiten uno tras otra. Es el comentario más ponzoñoso y condescendiente que le puedes decir a un actor, director o dramaturgo. Es tan ambiguo en su intento de agradar que ni siquiera lo consigue. Si alguien sale de ver tu obra y no consigue opinar nada concreto, ni siquiera «la luz era una mierda», probablemente estuvo toda la función mirando el WhatsApp.

Es mi segunda obra en el gran formato y hemos conseguido llenar por lo menos el día del estreno, no está mal. ~~Todo el mundo me mira como si~~ Obviamente nadie me mira, porque nadie me conoce. O hacen que no me conocen. Es una maravilla de este mundillo: poder llegar a conocer a alguien hasta en nueve ocasiones y que en todas esté «encantado de conocerte» y «con ganas de volver a verte por aquí». Cuando miro el móvil, tengo seis llamadas perdidas de Emma. Vuelve al bolsillo. Es la quinta vez que me dicen lo bien que está la obra para mi edad. ¿Por qué sujetarán tan perfectamente estos focos del techo? Necesitaría uno sobre sus cabezas ahora mismo.

Directa del bolsillo a mi cerebro, vuelvo a pensar en Emma. ¿Estará haciendo lo mismo que yo? ¿Sonreír, asentir y aguantar las ganas de matar? Seguramente sí, aunque ella llevará un par de copas de cava. ~~No sabe mandar a nadie a la mierda en silencio~~ Su personaje social está mucho menos desarrollado que el mío. En este tipo de ocasiones, la Emma pedo es la única que puede tomar el control. ¿Estará también pensando en mí? Aprieto fuerte los ojos como hacía Prue en *Embrujuadas* e intento mandarle un mensaje con mi cerebro. ¿Le habrá llegado? Podría hacerlo por el móvil, pero no quiero sonar paternalista. Un mensaje tipo «¿Cómo va todo?» podría sonar como un «¿Estás siendo capaz de manejarte sola?». Y paso. Desde pequeños, le hemos dicho a la gente que

éramos gemelos y percibíamos lo que sentía el otro. Desde hace un par de años se nos ha debido de ir la cobertura, o no habremos activado el *roaming*.

Uno de los actores de la obra me saluda a través de las copas y cervezas del resto. Es el chico que tenía una frase y se ha equivocado. Toda su carrera preparándose para ese momento y no lo ha hecho bien. Como si esto fuera un capítulo de *Paquita Salas*. En el momento me he reído, pero ahora me parece más divertido jugar a estar enfadado con él. Le aparto la mirada, finjo que tengo flequillo y me escondo tras él o lo miro solo cuando hablo con otras personas para que piense que lo estamos criticando. La verdad es que es un chico atractivo. Se acerca a mí y mi cerebro grita: «¡Agua!».

Se disculpa tantas veces que incluso me da apuro seguir jugando a que estoy enfadado. Vuelve a decirme que la obra está bien. ¿De verdad? No lo sabía, muchas gracias.

JAVIER: Gracias por darme permiso para seguir creando, es un honor contar con reseñas así de elaboradas.

Aunque no termina de pillarlo, por mi cara sabe que no me he tomado el Prozac esta mañana. No puedo quitar los ojos de la entrada izquierda de su cabeza, que termina en una ola gigante que organiza todo su pelo. Siempre he querido tener el pelo rizado o con alguna onda. Empezamos a hablar de la obra y él me reseña todas las cuestiones técnicas, la luz, la escenografía...

JAVIER: ¿Entiendes la premisa, entonces? (Ataco sin tapujos. Después de un momento de pausa, responde un sí que yo sé que es un no.) ¿Crees que Robespierre, al matar al rey, mata simbólicamente a su padre y es un poco lo que todos

deberíamos hacer? (Su cara de terror aumenta por momentos ~~y también mi egoerección.~~)

ANDRÉS: ¿Matar a nuestro padre? (Le pega un trago al último mililitro de cerveza de su vaso.)

JAVIER: Simbólicamente, claro.

ANDRÉS: Ah, claro; si es con símbolos, sí.

La fiesta empieza a decaer y todas las canciones me suenan igual. He intentado hacer un poco de *networking*, pero me ha dado mazo pereza. El chico me dice que se llama Andrés y yo simulo recordarlo de las audiciones. Acepta venir a casa a tomar la última. La conversación inmobiliaria de rigor es lo primero en hacer aparición. Cómo se está gentrificando Madrid, ¿verdad? Parece que le estoy prestando atención, pero en mi cabeza solo hay sitio para trazar un plan y pasar a la acción. Al volver de la cocina con las copas, lo encuentro haciéndose un *selfie* con uno de los premios de teatro que me dieron por cumplir con la cuota gay de aquel año. Me apetece mucho, pero con los años he aprendido a no comentar todas las cosas incómodas que pasan a mi alrededor, así que hago como que no me doy cuenta y me tropiezo a propósito con el sofá para que me escuche acercarme.

De cerca, puedo ver que tiene una nariz cuando menos protagonista. Las narices grandes y exageradas me dan bastante confianza. Me siento muy cerquita de él, para que me escuche bien, y le digo que me he mudado cada uno de los años que llevo viviendo en Madrid, porque odio estar siempre en los mismos pisos. Su cara es de terror absoluto. Pero sí, no soporto desenvolverme en los mismos espacios durante mucho tiempo y sentir que no me enfrento a ningún reto. La comodidad nos hace aburguesarnos, colega. Y al final, por querer conservar, te vuelves conservador. Intento reinven-

tarme en cada piso, en cada año. Y es cierto, de pequeño solía costarme la vida terminar un videojuego. Me divertía más empezar de cero cada vez. Llegar al final me generaba más ansiedad que volver a empezar de nuevo e ir consiguiendo los *pokémons* en orden.

Mi intención era hablar de pisos nuevos para poder conducir la conversación a experiencias nuevas y de ahí a despertarnos juntos en la cama. Pero las cosas no salen nunca como uno las escribe en su cabeza. Así que empiezo a tirarle todas las fichas de la tragaperras. Él retira mi mano de su rodilla y me confiesa no esperar para nada acabar la noche en mi casa. ¡Pero si soy muy campechano, como el Rey! Mi meta ahora mismo es transitar todos y cada uno de los pasos por los que transcurre una cita entre un chico «heteroperero» y uno gay. ¿Estas cosas existen de verdad o son relatos para calentar las fantasías de todo Chueca? Ni idea, pero de existir, creo que es el momento de quitarme la camiseta.

Aprovecho la oportunidad que me da cuando va a la cocina a por hielos. Es la primera vez que hago una estupidez así, pero hoy tengo un día de esos de «eres joven, haz esto antes de los 30», que le fue tan bien a los de la generación del 27 (y no, no a la de los poetas españoles). Intento tumbarme en el sofá y esperarle a lo Plácido Domingo de forma sexi. Al final solo consigo una cosa entre la maja desnuda y el «píntame como a una de tus chicas, Jack». Sonaba mejor en mi cabeza... Cuando entra por la puerta y me ve, se le cae la copa al suelo del susto y me mira con más asco que deseo. Nunca hagáis cosas que se pueden leer en la *Shangay*, os lo pido por favor.

Suena el timbre y me caigo del sofá.

¿Quién es? ¿Qué quieren? ¿No estoy sufriendo suficiente vergüenza como para encima tener espectadores? Dejadme

padecer el rechazo en soledad. Le pido por favor que no se mueva, pero él es más educado que yo y va a por una fregona para limpiarlo. ¿Será el vecino quejándose del ruido? ¿El chico que se dejó una gorra la semana pasada? ¿Viene Pedro Sánchez a ofrecerme un ministerio? «Torpe» y «verborreico» serían dos buenas formas de definirme ante la gestión de las crisis. Me visto con la camiseta al revés y voy a abrir. Y, ~~sor-~~
~~presa~~ cómo no, es Emma.

Lleva puesto el vestido que supuse que llevaría y que yo le regalé. Las marcas de sus brazos me dicen que se ha estado rascando mientras recorría las fotos de su exposición. Y, por la forma en la que sujeta sus tacones en la mano, sé que se ha bebido más que la copa de cortesía. Viene mojada de arriba abajo, porque en Madrid nunca llevamos paraguas.

Sorpresaaaaaa. Al habla el cava. Hay unas reglas sociales por las cuales no puedes echar a tu mejor amiga mojada y descalza a la calle, por mucho que te apetezca. Ella se hace la dura frente a la puerta e intenta irse para dejarme a solas con «ese que acabas de conocer». No se lo puedo negar, pero consigo convencerla para entrar.

Emma inunda mi salón porque es suyo. Podría caminar por la casa sin pisar el suelo, apoyándose solo en las fotos de los dos. Juega en casa y lo sabe. Se sienta entre Andrés y yo y la tensión sexual —¿había de esto?— desaparece. Le pregunta por su papel en la obra y sobre si ha entendido la premisa. Sabe dónde golpear. La conversación se convierte en un interrogatorio de guerra hacia Andrés al que me sumo sin piedad. El mismo que le hicimos a Rodrigo en tercero de primaria para ver si había sido él quien había dicho que yo era mariquita. Un clásico.

Emma sigue bebiendo y regurgitando el *whisky* mientras aprieta a Andrés con preguntas sobre el método Stanis-

lavski y la preparación de sus personajes. También aprovecha para ironizar sobre lo mucho que me gusta a mí llegar al fondo de las actuaciones de los actores en mis montajes.

Me imagino su línea de pensamiento:

—¿De dónde eres? («Vuélvete a tu ciénaga».)

—¿Y dónde estudiaste arte dramático? («¿Consideras un seminario integral para el actor hacer de árbol en la función del instituto?»)

—¿Y eres de Barcelona? Me flipa Barcelona. («Eres de esos descerebrados que dicen que Barna es muy cosmopolita y es igual que Madrid pero con playa. Valiente desfachatez.»)

Cuando empiezo a notar el sudor de Andrés cayendo por sus mejillas, cambio el foco y le pregunto a Emma por sus fotos. Su cara de «¿ya vamos a hablar de mí?» me representa. Hablar de mí significa hablar de que estoy mal. Esto lo entendí el día que perdió su primer concurso de *christmas* del colegio. Los *christmas* son representaciones de la enfermedad de nuestra sociedad para cualquiera que los vea. Si te fijas bien, puedes ver un José ausente, una madre hastiada y un niño «bulleado» sobre el que han depositado la esperanza de salvar a la humanidad. A esto súmale una mula y un buey al que nadie hace ni puto caso, cagados encima porque no los sacan. Yo siempre era el que hacía los *christmas punkies* —cómo no— en los que José había ido a por tabaco, María eran dos y el buey era un cerdo vietnamita. Podréis imaginar que a sor Asun no le gustaban mucho mis dibujos y no solía dejar que pasasen de la primera criba. El caso de Emma era diferente: ella empezaba a diseñar desde septiembre los colores, las luces, el difuminado con Plastidecor... Nada que envi-

diar a la escuela de Florencia. Pero vivimos en España, sociedad del sándwich mixto a tope, y siempre ganaban los que sabían tocar la flauta de lo patrio. Aquel año ganó uno con don Quijote y Sancho buscando el portal. Menuda estafa. Los dos aprendimos una valiosa lección ese día: Emma, que por mucho que te esfuerces, al final lo que la gente quiere es verse representada en su absoluta mediocridad. En mi caso, que tampoco existía en los *christmas*, al igual que me pasaba con los libros, las películas o la tele.

Resulta evidente que su exposición de fotografía no ha ido como esperaba y de ahí que esté aquí. Termina cada frase con un «pero estoy bien». Andrés sigue preguntando y le hago un gesto para que se calle. Creo que debe de ser la primera vez en la noche que no deseo besarle. En ese momento el foco gira sobre mí y Emma.

Cuando éramos pequeños y los prematuros esos que teníamos en clase nos ponían en el centro de sus preguntas, estas siempre sonaban como (voz de niño irritante): «¿Sois novios? ¿Por qué vais de la mano si no sois novios? ¿La ha adoptado porque sus padres se han divorciado? ¿Ya no tiene padres? ¿Quieres convertirla en gay y que sea tu novio? ¿Tienes pilila o tutifruiti?». Lo de que los niños a esa edad pueden ser realmente crueles ya se ha dicho; lo que no sabíamos es que tuviesen esa capacidad de análisis tan exhaustiva. Emma solía desbordarse en lágrimas todos los recreos, así que le daba mi bocadillo y nos poníamos a leer los libros que habíamos robado a nuestros padres.

JAVIER: ¿Qué significa sobredosis?

EMMA: Que te has tomado mucho Apiretal.

JAVIER: Ah, gracias, E.

Hoy las preguntas suelen ser un poco más cordiales («¿cuándo os conocisteis», «¿fuisteis juntos al cole?»), aunque siempre hay alguna más indiscreta del estilo: «¿Nunca os habéis acostado juntos?». Puaj. Y es difícil no retrotraerte al jardín de infancia y a los veinte años *non-stop* de amistad y a todo lo que viene con ella que lo hace amistad de verdad. Yo le quitaba los piojos a Emma y ella me enseñó a afeitarme con un tutorial de YouTube, y eso une. Por eso, aunque Andrés me invite a ir a su casa —¡SU CASA!— en el barrio del Pilar a tomarnos la última copa, me quedo mirando el pelo de Emma invadiendo su cara y pensando en lo grande que se está haciendo ese lunar de la mejilla.

JAVIER: Quedamos otro día y nos tomamos esas copas, ¿vale?

Me despido de él en la puerta. Sustituyo su intento de abrazo por unas palmadas en la mejilla. Lamentables palmaditas. Cuando vuelvo, Emma me pregunta por qué no me he ido con él. Y se lo dejo claro: yo a Narnia no me voy ni por dinero. Acto seguido, dejo caer todo mi peso sobre su cuerpo; los huesos de sus caderas parecen frágiles, pero podrían con todo el peso de las circunstancias. Suspiramos fuerte y vaciamos los pulmones. El contacto entre los dos está tan naturalizado que no sé dónde acaba mi cuerpo y empieza el suyo.

EMMA: Mátame.

JAVIER: ¿Y quién me mata a mí?

EMMA: ¿Vemos un capítulo de *Friends* y lo hablamos mañana?

Aún me cuesta creer cómo nos tragamos como representativa la vida de seis ególatras con problemas del primer mundo, que no se dedican a nada y viven en el centro de Nueva York sin dificultades para pagar el alquiler. A lo mejor lo que pasa es que no queremos que *Friends* nos represente, simplemente que nos alivie, como me pasa con ese capítulo en el que Rachel pide la *pizza* con anchoas en la salsa de tomate para fastidiar a Ross. Emma empieza a ~~roncar~~ respirar fuerte en mis piernas y se me quedan dormidas por la falta de circulación. Me quedo allí sentado pensando en que habremos hecho muchas cosas mal, pero he acertado de cojones eligiendo a mi mejor amiga.